

"De algún tiempo a esta parte"

MAX AUB VOLVIO A VALENCIA

JOSE MONLEON

IMPOSIBLE resumir el conjunto de materiales generados por el homenaje que Valencia —de la mano del Teatro Estable del País Valenciano— acaba de dispensar a Max Aub, integrado por conferencias, mesas redondas, proyecciones, una exposición y el estreno de uno de sus monólogos: "De algún tiempo a esta parte", fechado en 1939.

Soy valenciano y algo conozco de la soledad en que han vivido muchos de nuestros intelectuales y artistas, enfrentados a un medio dominado por el pragmatismo económico. Ciertamente, a la larga, muchos nombres se rescatan, aunque más como una actualización del inventario de glorias locales que como la expresión de un interés real por su obra...

Supongo que eso debe ocurrir en muchas partes. Pero ahora estamos hablando de Max Aub y del homenaje que acaba de celebrarse en Valencia, presidido, a mi modo de ver, por una excepcional seriedad. En última instancia, Max Aub, que pasó en Valencia un período decisivo de su vida, que comenzó allí a escribir teatro, que fundó y dirigió "El Bóho" en el marco de su Universidad, no es hombre que cuadre a ninguna imagen fácil de juegos florales. Su valencianía —quizá por no ser valenciano del todo— mantiene siempre la capacidad crítica de observación, enamorado, como cualquier adolescente, de la ciudad en que vive, pero nunca identificado con ella. De ahí que el homenaje no haya caído en ninguno de los tópicos populistas: se trataba de acercarse a un escritor que hizo del agitado mundo de los años treinta y cuarenta su ámbito, a un protagonista y un testigo excepcional del gran sueño truncado por la historia europea. No, Max no es un hombre que dé facilidades ni cómodos consuelos a sus lectores. Toda su vida y su obra son, de hecho, una sucesión de transitorios. Max es algo así como el exiliado permanente, en busca de una tierra donde vivir y un escenario donde estrenar. Ninguna de las dos cosas las consiguió. Pues, por más que agradeciera a Méjico su hospitalidad, vino a quedarse sin patria en la medida en que se disolvió la España republicana



o, más exactamente, el proyecto de una España que quizá sólo existió en la esperanza de unos cuantos españoles.

Max cita en "La gallina ciega", asumiéndolos como suyos, unos versos de León Felipe:

"¿Dónde está aquel pueblo?
.....
Sólo en mi recuerdo...
Sólo en mi imaginación que se
[desface.
Cuando yo me muera dentro de
[unos días
—soy el más viejo de la tribu—,
ya no sabrá nadie nunca nada de
[aquel pueblo.

Este es Max. Escasísimamente representado. Aquí y allá. Antes, durante y después. Desasistido de cualquier abrigo. Socialista y crítico de los países llamados socialistas. Demócrata y crítico de las grandes democracias representativas. Poco y mal leído. Desgarrado por la idea de la vuelta —volver, ¿a dónde?— y vuelto, siquiera transitoriamente, poco antes de morir. Con una cuenta abierta a la sociedad española en primer término, pero también a la sociedad occidental —que tantas cosas traicionó— y quizá, en última instancia, inmerso en las corrientes más vigorosas de la época, a cuanto hay de absurdo en la existencia humana.



Escena de "De algún tiempo a esta parte" (izquierda), de Max Aub (sobre estas líneas), por el Teatro Estable del País Valenciano.

Gil Albert, Renau, Griñón y otros valencianos ilustres, vinculados a la vida de Max Aub, se han pronunciado ahora con artículos o participando en las mesas redondas. La prensa local —que tantas veces entrega sus espacios teatrales y cinematográficos a reportajes de agencia, extraños e inocuos, en lugar de potenciar al máximo la vida cultural de la ciudad— ha mostrado en esta ocasión un ejemplar interés. Román Gubern y la proyección de "Sierra de Teruel" —guion de Max Aub— trajeron el nombre de Malraux y recordaron la insoslayable vinculación del homenajeado a la guerra civil. Hugo Gutiérrez Vega reafirmó la importancia de Méjico en la vida de Max. A mí me tocó señalar hasta qué punto el exilio ha vertebrado la obra de Aub y en qué términos se ha traducido ese trauma...

Todo ello celebrado en el clima que a Max Aub, vivo o muerto, le corresponde. Con la asistencia de algunos supervivientes de la FUE y un grupo reducido de estudiantes y hombres de cultura, sin mezclarlo con simbologías coyunturales, tan duro y definitorio —"Prohibida la entrada a los que no sientan curiosidad por lo que pasó en otras tierras y en otras épocas"— como lo fue siempre.

De todos los actos, el de mayor resonancia pública ha sido, lógicamente, el estreno de "De algún tiempo a esta parte", a cargo del Teatro Estable del País Valenciano. El monólogo ha sido sometido —tal y como deberá hacerse con buena parte del teatro de Max, rico en temas, testimonios y situaciones, pero falto de la elaboración propia de los textos nacidos de una experiencia escénica— a lo que suele definirse como un trabajo de dramaturgia. Casimir Gandía, el director, ha desdoblado el monólogo en dos sujetos, en dos mujeres vestidas del mismo modo, que tienen algo del cuerpo y la sombra del lenguaje expresionista.

Pese a tratarse de los recuerdos de un personaje, el texto posee una objetividad, una diversidad de referencias episódicas, que permite abordarlo como el hilo de una secuencia de imágenes, como una estructura de escenas bien diferenciadas que, según nos decía el director, incluso se pensó en recrear haciendo intervenir a los personajes evocados. La influencia que en esta idea tenía el "Terror y miseria del III Reich", de Brecht, es evidente. Sólo que Gandía y el Teatro Estable comprendieron que ello hubiera sido tanto como destruir la idea de monólogo, que es básica en la propuesta de Aub.

Otro punto interesante está referido a cuanto hay en la obra de testimonio histórico. Situada en Austria, en el 38, se habla en ella del Anschluss, de la guerra civil española, de las Brigadas Internacionales, del papel de las Embajadas, del antisemitismo alemán y de una serie de cosas que el público más joven no conoce, a la vez que son tópicos para los más informados. Hablar hoy del III Reich y de los judíos perseguidos parece —a fuerza de sobar el tema— anacrónico. Y, a la vez, sin conocer las claves históricas que Aub maneja, quizá se escapa una parte de la obra. El Teatro Estable ha partido de un principio: que se trataba de una tragedia y que los datos históricos eran coyunturales. Es decir, que se hablaba de la soledad de un personaje, de la violencia de que era objeto y de su respuesta. Una localización de la anécdota, su adscripción a unas determinadas circunstancias, podría acentuar su carácter de crónica en perjuicio de su condición teatral de tragedia. De ahí que todo el equipo técnico del Estable, bajo la dirección de Casimir Gandía, haya trabajado en una misma dirección: defender la tragedia en lugar de ofrecer la situación como una "ilustración de la época", del horror en que se vivía "de algún tiempo a esta parte", dicho en la hora ascendente del nazismo.

Anna Angel y Pilar Librada son las dos meritorias intérpretes del único personaje. Su trabajo es tenso y, a la vez, nada patético. El director ha construido una serie de imágenes, de ritmos, que conforman una realidad objetiva, situada más allá de la angustia singular del personaje, el espacio escénico, de Jordi Ballester; la lumino-tecnia, de Jorge Carrazón; los figurines, de Montesinos, y el maquillaje, de Dolores G. Prades, son aportaciones importantes a este modo de ver la obra de Aub, de acercarse a un autor que merece ser abordado —sometiéndolo a un proceso dramático cuando haga falta— por la escena española contemporánea. ■